



4 de julio de 1880 ¹

**La sangre preciosa,
fuente de los sacramentos y de todas las virtudes.
La vida purgativa, iluminativa y unitiva**

Mis queridas hijas:

En el culto a la Preciosa Sangre encontramos la Eucaristía, la Pasión y la fuente de todos los sacramentos. Esta Preciosa Sangre los hace nacer a todos. Del costado abierto de Nuestro Señor Jesucristo brota el agua del bautismo, impregnada de su sangre. Esta sangre ofrecida por adelantado llena el cáliz de nuestros altares. Es allí, pues, donde cada alma purificada encontrará la blancura de las vestiduras que la hacen digna de la mirada de Dios. Toda la gloria, toda la pureza de los elegidos no tiene otra fuente. *Estos que están vestidos de blanco ¿quiénes son y de dónde han venido? Estos son los que vienen de la gran tribulación y han lavado y blanqueado sus túnicas en la sangre del Cordero* ². Y todo lo que adorna esta blancura deslumbrante, todas las virtudes, todas las aureolas, sigue siendo su fuente. Toda la belleza de los santos, toda la belleza del cielo, es fruto de la sangre de Jesucristo, produciendo en las almas treinta, sesenta por uno, más aún en San Juan Bautista³, nos dice la Iglesia, en proporción a la fe, al amor y a la fidelidad con que se recibió este rocío celestial.

Cuando, en nuestro último día, tengamos que dejar esta vida, espero, por la misericordia de Dios, que ninguna de nosotras la dejará sin haber sido cubierta una última vez con esta preciosa sangre por los divinos sacramentos, y sin que nuestro cuerpo mismo haya sido purificado por el óleo santo, que también extrae de la sangre de Jesucristo la virtud por la que santifica todos nuestros sentidos. Pero incluso después de estos dones celestiales, y más aún si faltaran, el último movimiento de nuestra alma, su último impulso, sería ir a cubrirse con esta sangre divina por un acto de fe y de amor, ante el cual la misma justicia divina ya no tiene poder.

Ya veis, hermanas mías, lo que queréis hacer en el último momento, debéis hacerlo a menudo durante vuestra vida. Vayamos, pues, con frecuencia al pie del Calvario y al pie del altar para recibir las gotas de esta sangre preciosa y purificarnos allí enteramente.

¿Cómo es que esta sangre adorable sólo puede redimir a un pequeño número de almas? ¿Cómo es posible que, en esta tierra donde todavía fluye cada día sobre tantos altares, veamos formarse a lo largo de los siglos una conspiración contra Jesús, contra su Iglesia, contra sus leyes, contra todas sus enseñanzas?

Como podemos ver, hermanas mías, podemos decir de nuevo: *¿Por qué este tumulto entre las naciones?*⁴ Porque estamos hablando de un reino de justicia, de bondad y de misericordia, y

¹ Fiesta de la Preciosa Sangre.

² Ap 7, 13-14.

³ Madre María Eugenia se refiere a un himno gregoriano de la fiesta de la Natividad de san Juan Bautista.

⁴ *Quare fremuerunt gentes*. Sal 2, 1

porque el Cordero que nos gobierna sólo trae el bien a la humanidad. Sin embargo, una furia insensata se levanta contra él y, a causa de él, contra sus siervos.

Este es un momento en el que necesitamos estudiar la historia de los mártires en particular. ¿Recordáis cuántas veces, cuando los santos que daban testimonio de Jesucristo habían engendrado para Dios, con sus sufrimientos y sus milagros, una parte del pueblo que los contemplaba, los perseguidores y sus satélites se sumían en profundas tinieblas en las que estaban como sepultados, mientras que el rocío de la sangre de Jesucristo iluminaba a los que lo confesaban? Este es el misterio que se cumple hoy: unos están en la luz, y nosotras tenemos la suerte de estar entre ellos, pues somos hijas de la Iglesia católica. Los otros, los enemigos de la Iglesia, los impíos, están en las tinieblas, y el demonio utiliza su poder para espesar esta oscuridad a su alrededor. No podemos hacer mucho por las almas de estas personas: tenemos que rezar por ellas. Alguno de ellos podrá participar de la luz divina, sufrir, confesar con nosotras.

Los mismos mártires, con toda su santidad, no ganaron para Dios a todos sus enemigos. Pero lo que sí podemos hacer es desarrollar en nosotras la acción de la sangre de Jesucristo para convertirnos verdadera y perfectamente en hijos de la luz.

No basta con estar bautizado, no basta con estar en la Iglesia, ni siquiera basta con estar en el estado religioso, hace falta algo más. Nuestro Señor nos dice: *Brille vuestra luz delante de los hombres*⁵. Esta luz son sin duda las buenas obras, pero es sobre todo el ejercicio de todas las virtudes. ¿Dónde estamos a este respecto, hermanas mías?

Hemos recibido la luz; pero ¿estamos bajo la influencia de esa luz? ¿No dejamos lugar en nosotras a las tinieblas y al espíritu del mundo? Me refiero al mundo por el que nuestro Señor no quiso orar y al que se declaró extraño. Bajo este nombre no debemos entender un conjunto de familias cristianas donde cada uno, según su estado, procura cumplir los preceptos de Jesucristo. El mundo que nuestro Señor no bendijo es aquel cuyo espíritu se caracteriza por los siete pecados capitales y donde encontramos el orgullo, el amor al dinero, la impureza, que no conviene nombrar aquí; pero ¡ay! ¿dónde está la santidad de las costumbres, el horror a toda mancha, en este mundo por el que nuestro Señor no rezó?

¿Quién se avergüenza hoy de la gula y de la pereza? No hacer nada, contentarse con todo, son cosas que el mundo, que no es el peor de todos, acepta fácilmente.

Este es el espíritu del mundo, todo lo contrario del espíritu religioso, que se basa en la pobreza, la castidad y la obediencia. Sin embargo, nos engañaríamos si creyéramos que no queda nada en nosotras de todas las raíces de los pecados capitales. El trabajo de toda nuestra vida es arrancar los últimos restos de ellos, para que no quede en nosotras ni una fibra de orgullo, ni una fibra de pereza, ni una fibra de ira, de envidia, de todas esas cosas que son los rasgos característicos del mundo malvado.

Puesto que es la luz la que debe dominar en nosotras, es necesario, si queremos cumplir bien nuestra misión, que llevemos en nosotras las características opuestas a los pecados capitales. La primera de estas características es la humildad. La segunda es la pobreza. La tercera, la pureza y la mortificación que van unidas. La cuarta, la caridad, la benevolencia y la ausencia de toda mala personalidad. La quinta, la sobriedad; la sexta, la paciencia; y la séptima, el trabajo.

Sabéis que los antiguos maestros de la vida espiritual distinguían siempre tres vidas: la vida purgativa, la vida iluminativa y la vida unitiva. A este respecto, quisiera deciros que no se trata de tres reinos separados que recorremos uno tras otro, como si dejáramos Portugal para ir a Francia pasando por España. No, no se sale de la vida purgativa para entrar en la vida iluminativa y luego en la vida unitiva.

La vida purgativa ya debe ir acompañada de la vida iluminativa y de la vida unitiva. En la vida iluminativa, hay una mirada hacia atrás que purifica y una mirada hacia delante que une. Aunque puede decirse que hay un estado del alma más característico, porque tiene que purificarse de todos sus defectos, de todas sus faltas, no debe pensarse que el alma más avanzada ya no tiene que purificarse. Santa Teresa dice que el alma que no come todos los días el pan del

⁵ Mt 5,16.

conocimiento de sí misma corre el riesgo de extraviarse. Santa Teresa estaba en un estado muy elevado y, sin embargo, nunca dejó de tratar de purificar su alma, en la que el Señor derramó tanta luz.

Busquemos también, hermanas mías, por una parte, purificarnos de los vicios, y por otra avanzar cada día en la práctica de las virtudes: de tal manera que nuestras hermanas, al mirarnos, puedan ver en nosotras esos rasgos de pobreza, pureza, amor, humildad, paciencia, generosidad y valentía en el servicio de Jesucristo, así como las virtudes reservadas al estado religioso, virtudes de obediencia, regularidad, fervor y sencillez.

Procurando también purificarnos de los vicios y adquirir las virtudes, que nuestra tendencia continua sea la unión con Jesucristo. Desde el primer paso, cuando todavía teníamos muchas faltas, el Señor descendió a nosotras por la comunión, y recibimos la gracia, la fuerza que la presencia del Señor da al alma, el amor de nuestro Señor, el espíritu de nuestro Señor. Os decía el otro día que sin el Señor no podemos hacer nada.

No podemos hacer nada, sobre todo en el sentido de ir hacia Él; y Él, que es nuestra meta, debe ser también nuestro medio⁶. No lo olvidéis, hermanas. Parece extraño que nuestro Señor, que es Dios, que es tan grande y tan digno de nuestra adoración, pueda ser visto como un medio para un fin. Pero es absolutamente cierto. Nuestro Señor quiso convertirse en nuestro medio para todo: para hacer el bien, para rechazar el mal, para adquirir toda virtud, para ir al cielo, para hacer lo que nosotras mismas no podemos hacer; y por eso dijo: *Sin mí no podéis hacer nada*⁷.

Procuremos que, mirándonos así unas veces a nosotras mismas y otras muchas a nuestro Señor Jesucristo, lleguemos a ser plenamente hijas de la luz. Que los que están en tinieblas reciban como una pequeña reverberación del Sol de justicia a través de las virtudes que brillarán en nosotras, y procuremos ganar a esas pobres almas con el buen olor de Jesucristo.

nm

NM

⁶ Cf. Notas íntimas nº 224/01, 1862.

⁷ Jn 15,5.